

## EL SUICIDA

P O R

FRANCISCO UMBRAL

Nembutal. Sedante, hipnótico y antiespasmódico de acción rápida y breve. Vuelvo a leer en el estuche, en el prospecto, el nombre del barbitúrico, sonoro como un disparo, seguido de esos adjetivos tan concretos, tan claros, tan concisos, que parecen atenuar con su sentido el estampido brutal de la palabra escrita en letras negras, grandes, precisas. Nembutal. Pero el Nembutal es sedante. Sedante como la misma muerte, sin duda. Pero el Nembutal es hipnótico. ¿Y qué es la muerte sino un hipnotismo? Alguien, algo, la nada, desde no sé donde, nos hipnotiza para siempre. Morirse es quedarse mirando fijamente algo, por toda la eternidad. También pienso que la muerte es un burdo truco de hipnotizador de barraca. Antiespasmódico. Quiere decirse que no hay espasmos. Que todo va a ir bien. Que incluso este temblor de manos, este sonarme el corazón en todo el cuerpo, este cuchillo dentro de la cabeza, van a cesar también; pueden cesar.

Antiespasmódico de acción rápida y breve. Todo ello es casi una invitación. Lo leo y releo. Acción rápida y breve. No la muerte crispada de paso torpe, no el abrazo tardío y desesperado con el más allá, no un lecho revuelto en las prisas y las tardanzas de la agonía. Acción rápida y breve. Una muerte funcional, moderna, americana, civilizada, aséptica, correcta. Una muerte decente. Claro que todas esas palabras del estuche se refieren al sueño, no a la muerte, pienso. Y esta reflexión, tan obvia, me alivia por dentro. La falsa lucidez del miedo se ha desvanecido por el miedo mismo. Se trata sólo de dormir un poco, de dormir bien. Pero también sirve para lo otro. Por ejemplo, Marilyn Monroe. Miro la habitación, en torno, del sofá-cama extendido a los tristes papeles manuscritos. Mis pobres papeles, mi pobre vida caligráfica, mi temblorosa vida, mi corazón de papel. La mañana empieza a inquietarse de ruidos y luces, de coches y llamadas, en la calle de Santa Clara, allá abajo, en ese fondo de ciudad clara y confusa, tan lejos y tan cerca de esta buhardilla silenciosa, orinada, olorienta, donde un hombre—yo—se dice a sí mismo que se va a matar, repitiéndose mentalmente las palabras tranquilizadoras, saludables, un poco misteriosas, del prospecto. Sedante, hipnótico y antiespasmódico de

acción rápida y breve. «La verdad es que no pueden ponérselo a uno más fácil.» Marilyn Monroe. Ya no la recuerdo como la borracha suicida. Pienso en un cuerpo de technicolor vestido sólo con unas medias negras, de malla, y un suéter, como la vi a ella en aquella película. ¿En qué película? Composición. Etil—(metilbutil)—barbiturato sódico, o pentobarbital sódico, en el cual uno de los grupos etílicos del barbitál ha sido substituido por un grupo metilbutílico. No entiendo una puñetera palabra.

Esta vida sin vida, esta sucesión de días, la conciencia cada vez más clara de la soledad, la soledad como única conciencia, cuatro libros y unos papeles manuscritos, temblorosos todavía de mi pulso de suicida. «Mi pulso de suicida.» Me gusta eso. Queda bien. Suena a verdad. Pero es literario, muy literario. Los suicidas demasiado literarios nunca nos suicidamos. El reloj despertador, verde y redondo, de patas cortas, como una rana sentada que todas las mañanas debiera croar su timbre al borde del río de mi sueño. Pero, ¿para qué quiero yo un reloj despertador, si no tengo que despertarme nunca a nada? La estufa de rayos infrarrojos, enmohecida y nunca enchufada. Las fotografías de mujeres desnudas que van envejeciendo clavadas en la pared, como seguramente envejecen ellas mismas, sus cuerpos y sus rostros, quién sabe dónde, en la vida. Salir a las calles cada mañana, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirándolo todo sin buscar nada (antes silbaba; me parece que, ahora, ya nunca silbo), cruzar los pasos de peatones entre los coches, cuando está el disco rojo, volverme a mirar a las mujeres, quedarme parado ante los cartelones de los cines.

Ya nunca anuncian películas de Marilyn Monroe. Salía en technicolor, con aquellas medias negras, larguísimas, de malla, y un suéter verde. Tenía el cabello encendido, la boca sexual, las caderas movientes, las piernas sinfónicas. Pobre muerta. Sedante, hipnótico y anti-espasmódico de acción rápida y breve. Y estoy pensando en ella como si estuviera viva. Comer en la turbia taberna de siempre, comer algo así como las sobras de otras comidas, entre albañiles que no se quitan el casco y ancianas que se remueven continuamente en su silla, inquietadas por las hemorroides, mientras alguien discute en algún sitio y el televisor dice que crece la tensión en el Oriente Medio y los chateadores de la barra se toman la última ronda antes de irse cada uno a su casa masticando un palillo. Propiedades. El Nembutal ejerce una acción sedante y espasmódica, y un rápido efecto hipnótico, con dosis equivalentes a la mitad de las necesarias al usar otros barbitúricos. Esto está más claro, aunque el que escribió el prospecto debió hacerse

un pequeño lío de sintaxis con eso de las «dosis equivalentes a la mitad de las necesarias, etcétera».

Las largas tardes del café, el paseo por la ciudad, de nuevo, al atardecer, con el humo de los coches elevándose como un incienso glorioso y canceroso que acaba por quedarse quieto entre el cielo y la tierra, como una entidad azul y gris, tenuemente poderosa. Las noches en este camastro sexual, el amor de otras parejas o mi amor casual, de un día, de una noche, con una mujer que es camarada de toda mi vida, de tantos años, y que hace el amor conmigo mientras hablamos de las amistades comunes, mientras criticamos lo mal que viste su amiga íntima, lo mal que escribe mi amigo íntimo. Es todo, entonces—el amor—, pacífico y duradero, ni siquiera decepcionante, y acabamos despidiéndonos como si ella hubiera venido de visita.

El pobre dinero que guardo en algún sitio de esta habitación.

Cuando la mujer que sube aquí lo hace por primera vez, cuando es una desconocida, quiero decir, o casi una desconocida, hay que hacerlo todo más protocolario, cuando realmente es todo mucho más apasionado y precipitado: «Los servicios están en el pasillo, ¿sabes?» Esto siempre las desilusiona un poco. Pero alguien dijo que «la carne es triste y he leído todos los libros». Yo no he leído todos los libros, ni siquiera muchos libros, ni me importa ya leerlos, porque no me dicen nada, sino que le he encontrado el gusto a esta literatura farmacéutica, que es la escueta y real literatura de la muerte: «Provoca amnesia y analgesia obstétrica, sin alterar la frecuencia y eficacia de las contracciones uterinas, ni el curso normal del parto; no afecta al niño que está por nacer.» Eso de las contracciones uterinas, tan inesperado, me ha producido un enervamiento casi feliz. Pero resulta que de toda esta literatura de la muerte, al final del párrafo ha nacido un niño.

Buscando el fondo, la clave exacta, la fórmula simple y esencial del suicidio, me ponen una criatura en las manos, un niño sucio y rosa con el que no sabe qué hacer mi imaginación. «Se considera que el Nembutal es destruído rápida y totalmente en el organismo; en la orina sólo se hallan pequeñas cantidades.» Destruye y es destruído rápida y totalmente. Qué cruel y hermosa y eficaz lucha de los ácidos que ignoro, de las sustancias que no sé, qué limpia batalla interior. Él me destruye y yo lo destruyo a él. Rápida y totalmente. En la orina sólo se hallan pequeñas cantidades. Bueno, yo no voy a orinar después de muerto.